



culφura

OTOÑO | INVIERNO 23-24
Nº 22

*Artículos, relatos,
poemas, fotografías,
ilustraciones...*



Perdamos el norte

Nacida para terminar con los mitos, la Modernidad se hizo mito a través de una subjetividad que mistificó la violencia económica, política, patriarcal, religiosa y lúdica. Todavía hoy Occidente continúa siendo el modelo por excelencia. Llámoslo 'eurocentrismo'. La clave transformadora está en debilitar una verdad hasta ahora reducida a Europa. Pensemos glocalmente, desde los cuerpos sufrientes de las víctimas y hacia mundos alternativos siempre abiertos.

Todo comenzó muy bien. Con innumerables factores novedosos recibidos con gran exaltación: avances científicos y técnicos, formas de cultura y de política nunca antes vistas, profundos cambios socioeconómicos, la prometedora racionalización e incluso un hombre nuevo, el moderno. La Modernidad surgió con vocación emancipadora. El hombre agarró las riendas de su destino: dijo sí a la Razón, a la Técnica, al Desarrollo, a la Autonomía, a la Ciencia, al Crecimiento. Todos en mayúscula, epítome de su grandeza. En la cúspide, el hombre privilegiado, que empezó a mirar con recelo sus antiguos asideros: la superstición, los prejuicios, el fanatismo, el oscurantismo, los despotismos. Se tambalearon los tres grandes pilares hasta la fecha: la autoridad, los dogmas y la tradición.

El siglo XVIII encendió las luces del devenir humano, ajustando cuentas con sus errores pretéritos. La Ilustración se expandió en Francia, Inglaterra y Alemania, a lo largo de una centuria caracterizada por una aguda crítica a la tradición, así como por la creencia de que la razón debía ser el principio que organizara la vida en su totalidad. Los súbditos se convirtieron en ciudadanos políticos mientras, en el plano socioeconómico, la modernización luchó contra el inmovilismo y frente a la mentalidad precientífica. La sociedad avanzada aseguraba la máxima productividad y el bienestar social. Concentrada por Diderot y d'Alembert en su Enciclopedia (1751-1772), fue la promesa de una nueva era al margen de toda teología: el hombre en lugar de dios. Bienvenidos a la Modernidad, supuestamente, lo mejor que podía sucedernos.

[...]

En el transcurso de esta senda, el hombre es tanto más perfecto cuanto más se acerca al progreso prometido por la ciencia y la técnica sin límites, que a la postre se convirtieron en la ideología dominante.

Y así fue como, nacida para terminar con los mitos, la Modernidad se hizo mito a través de una subjetividad que mistificó la violencia económica, política, patriarcal, religiosa y lú-

Página 5

dica. Porque la de la Ilustración también es una herencia polémica: su economía es el desarrollo crecientista, su política se circunscribe al individuo con trabajo, su dios es absoluto y su tiempo transcurre a una velocidad acelerada. La enumeración también debería incluir la construcción de un ideal de individuo concreto: el varón europeo blanco, heterosexual y adulto, proyectado como la mejor forma de humanidad.

[...]

Al menos dos reproches a la Modernidad heredada son evidentes: su esquilmación de la naturaleza finita y su universalidad impuesta, cuyos supuestos beneficios, además, no han llegado a todas las corporalidades, igualmente finitas. La mayor parte de la humanidad no es que no se beneficie de sus supuestos avances, sino que los sufre.

Todavía hoy Occidente continúa siendo el modelo por excelencia, toda vez que el pensamiento postmoderno consume y replica ese gran relato (Lyotard 1979). No deja de ser una fabricación ideológica (y por ello interesada) que reduce la explicación del mundo a fenómenos exclusivamente occidentales. Llamémoslo 'eurocentrismo', denunciando que, independientemente de quienes la escriban, la historia somos todas, también las víctimas. Es por eso por lo que categorías estrechas como las de 'excepcionalidad europea', 'descubrimiento' o 'modernización' deben ser revisadas desde una hermenéutica transformadora que se salga de la lógica dominante.

[...]

¿Qué sucedería con un debilitamiento del sistema que desate a la Modernidad de los intereses dominantes, sin mitificar la razón ni abrazar lo otro que la razón, sino asumiendo la existencia de las razones del otro plural como periferias desde las que pensar otros mundos posibles? La primera consecuencia inmediata es que el discurso mantenido hasta ahora queda desnudo, expuesto como dominación ejercida por lo mismo (y los mismos) hacia los otros, pero no anulado. El saber se revela humano y, por tanto, ni absoluto ni perfecto, fallible.

No pretendo una negación simplista de la Ilustración ni de Europa, sino de la liberación mitológica que esconden en su ensalzamiento del yo europeo aislado de alteridades. Debiendo el debilitamiento de la Modernidad, la licuefacción (Bauman 2000) de una Modernidad que no ha acabado definitivamente con los fundamentos sólidos, sino que los ha sustituido por otros más duraderos: razón, ciencia y tecnología, crecimiento, desarrollo, todos ellos a imagen y semejanza no ya de la deidad sino del hombre.

[...]

La clave transformadora está en ir a la raíz del mito de la Modernidad [...]. La superación del eurocentrismo pasa por declinar dicha Modernidad en minúsculos plurales, es decir, por hablar de 'modernidades', por debilitar una verdad hasta ahora reducida a Europa. Pensar glocalmente, es decir, desde los cuerpos sufrientes y hacia mundos alternativos siempre abiertos, hasta incluir a aquellas periferias que propicien una transformación subalterna de Europa. [...] Dicho en otras palabras, Europa no es, no puede ser, sin las periferias de las que pretende distanciarse, sin las condenadas de la Tierra, sin sus parias, sin sus muertas en vida, sin sus vencidos, sin las víctimas.

[...]

Fruto de personas con nombres y apellidos, tiempos y lugares, todo saber es contextual y por ende situado. Esta es una de las autoconciencias clave del giro decolonial [...]. El pensamiento sale reforzado con esta conciencia-acción de su punto de partida, de su horizonte de formulación, de su localización aquí-y-ahora que no olvida el pretérito ni reniega del futuro, que se resitúa hacia otras latitudes, consciente del contexto desde y hacia el que se formula.

Entonces, ¿desde dónde (rostro, lugar y tiempo) plantear las transformaciones? Estas líneas piensan desde las periferias o, conjugado de otro modo, desde el otro plural cosificado, vejado e incluso asesinado por lo mismo (y los mismos); hilando aún más fino, desde las víctimas. Es desde esas vidas negadas desde donde es necesario reproducir relatos críticos que generen rostros, lugares y tiempos otros que los del eurocentrismo. Rostros, lugares y tiempos desde los que proyectarse, también epistemológicamente.

[...]

De la dificultad de este viaje da debida cuenta el binomio centro-periferias: ni el centro es homogéneo ni lo son las periferias; todo centro presenta sus periferias y toda periferia tiene sus centros; hay centros del centro y hay periferias de la periferia. La cartografía está tejida por complejas relaciones de poder. Una densidad porosa porque ninguno de los términos sobre los que gira la presente transformación se da de forma aislada, es decir, todos ellos están atravesados por problemáticas culturales, económicas, políticas, de género, lúdicas y religiosas.

Frente a la tradicional advertencia de no debemos ni podemos perder el norte, invito a ganar los sures.

(*) Este texto es una adaptación del capítulo 1 del libro Pensar desde las víctimas. La transformación pendiente, editado por Comares (octubre 2023).

 J. Marcos

Bibliografía

BAUMAN, Zygmunt (2000): Modernidad líquida. Trad. Mirta Rosenberg. México DF: Fondo de Cultura Económica.

DIDEROT, Denis, y Jean Le Rond d'Alembert (1751-1772): La Enciclopedia (selección). Trad. Jesús Torbado. Madrid: Guadarrama.

LYOTARD, Jean-François (1979): La condición postmoderna. Trad. Mariano Antolín. Madrid: Cátedra.
